

ravillosa y las inteligencias que yacían inertes en su terruño al pie de sus viejos altares y sin otros oráculos que sus curas. Esta comunión de extremos tan separados en la sociedad enseña, ó bien cómo las ideas más abstractas se han popularizado hasta venir á ser alimento del pueblo, ó bien cómo el pueblo se ha engrandecido hasta poder llegar á las fórmulas más complejas del nuevo derecho. De cualquier modo, el trabajo de tantos siglos no se ha perdido. Desde esos genios que aislados se levantan en medio de las edades, alturas inaccesibles y por lo mismo frías en su soledad y en su aislamiento, las ideas han bajado á los hondos valles sociales y se han desatado en corrientes varias que todo lo fecundan.

Maravillosas realmente son las transformaciones de la naturaleza. Es admirable cómo la planta convierte, al nutrirse, las materias inorgánicas en orgánicas por los tubos químicos de sus raíces, y cómo descompone, al beso de la luz en sus verdes hojas, el aire para apropiarse el ácido carbónico, y cómo recoge de la trémula gota, comparada por los poetas cantores del rocío á lágrimas de la aurora, el amoníaco necesario á los filamentos y á la urdimbre de sus delicados tejidos. El trigo tiene todo un gabinete de alquimista en sus raíces, y chupando el ázoe del estiércol, cuyo hedor nos repugna, lo convierte luego y lo transforma en la albúmina, que por las leyes y por las operaciones de la nutrición se extiende por todo nuestro cuerpo, hasta que el fuego vital verdadero, el oxígeno, absorbido por la respiración, llega á convertirlo en la fibrina indispensable á la carne y á los huesos. Maravillosa operación realmente esta serie de transformaciones por cuya virtud y á cuyo influjo unas substancias se convierten como por ensalmo en otras substancias, y la vida se extiende, se dilata, se irradia con su calor benéfico, á la manera de una combustión perpetua, por todas las esferas del ser y por todos los círculos del organismo. Pues si estas transformaciones son maravillosas, no lo son menos esos metamorfoseos de las ideas, esa realización del concepto más metafísico en la institución más positiva, ese paso misterioso del producto de nuestras facultades intelectuales que parece perdido y aislado y solitario, como una obra individual, á las leyes y á los principios universales en que las sociedades humanas viven y se rigen.

El pensamiento había formado una legión. El libro había caído como un rayo de luz invisible que sólo llegara á los senos del alma en el fondo de la obscura cabaña. El mundo de las ideas extendido y universalizado, merced al trabajo de esa máquina llamada imprenta, había producido una especie de atmósfera moral semejante á la atmósfera material y en cuyo oxígeno respiraban las almas. ¡Oh fuerza de la idea! Entre tantos obstáculos superaba los altos castillos feudales con todos sus muros y todos sus bastiones y contrafuertes; las paredes de la abadía y del monasterio con sus incontrastables vallas morales; las torres de la iglesia y el prestigio de sus excomuniones; hasta las cimas casi inaccesibles de aquellos tronos que protegían con su sombra la tierra y sustentaban con sus gigantescas personificaciones de la autoridad el cielo. ¡Ah! Los escritores, apartados de los negocios, sin debates públicos donde acerar sus inteligencias, sin acceso alguno á

la administración y á la política, llenaban de fórmulas sociales sus libros; pero fórmulas aprendidas en puras investigaciones de su razón y no reformadas y no corregidas en el verdadero crisol de las ideas políticas, en la sabia experiencia. Desde los libros de religión hasta los libros de oficios é industrias; desde el tratado científico hasta la novela sentimental; desde el sermón preparado para el púlpito hasta la oda escrita para los salones, todas las formas del pensamiento tomaban entonces cierto carácter político, porque la razón humana pretendía con imperiosas pretensiones descender de lo abstruso y de lo etéreo á la tangible realidad. Y existía una creencia general, extraña á todas las enseñanzas de la historia, pero acorde con aquella filosofía práctica, la creencia de que las ideas se realizaban como se escribían, con la misma facilidad y el mismo sistema y el mismo orden. Y esta creencia, tantas veces desmentida en el mundo por las impurezas de la realidad, pasó desde los literatos al vulgo y formuló aquella revolución que parecía una revolución abstracta, y que en realidad iba á transformar con su calor al mundo, después de haber transformado con su luz la conciencia. Así, cuando se estudia aquella erupción de ideas que precede á los hechos, la tempestad universal que truena en las conciencias, la multitud de aspiraciones encontradas, las peticiones dichas y escritas en los varios documentos publicados por todas las asambleas primarias, el grito que se escapaba de la conciencia de aquel pueblo por tanto tiempo sometido al yugo, échase de ver que la revolución moderna, inspirada en ideas científicas, se acerca y se adelanta con la decisión de cambiar profundamente la antigua sociedad y sus usos y sus leyes y sus costumbres para fundar, según el clamor general de los espíritus, una sociedad nueva, puramente basada en las leyes de la razón é independiente de todas las tradiciones y de todas las enseñanzas de la historia.

VI

¿Quiénes eran los principalmente encargados de evitar aquella revolución? Dos personas: Luis XVI de Borbón y su esposa María Antonieta de Lorena, jefes absolutos de Francia.

Descendientes de cien monarcas que les transmitían su dignidad; nacidos en las gradas del trono que les prestaba su sombra; educados en los palacios tan abiertos á la superstición; puestos en alturas desde las cuales debían descubrir la nacionalidad francesa y sus ciudadanos como un predio y un ganado; con la creencia de que los privilegios reales superaban á los derechos humanos y de que sus sacratísimas personas representaban á Dios vivo en la tierra, debían chocar contra todas aquellas ideas de igualdad promulgadas por la filosofía y admitidas por la plebe hasta herirse en sus frentes, que levantaban sobre todas las frentes el brillo deslumbrador de sus coronas, y lacerarse en sus corazones penetrados del hondísimo sentimiento de su propia majestad y grandeza.

Luis XVI tenía una virtud verdadera: haberse conservado puro entre su corte y bajo la tutela de su abuelo. Confinado en su palacio de Meudón, á la vista del río, sobre colinas rientes, donde le recluía, no esa contemplación poética de la naturaleza necesaria á las

almas grandes, sino el amor á los trabajos vulgares de la industria y á los ejercicios diarios de la caza, crecía y se educaba bien al revés de un rey, de un jefe del Estado en tiempos procelosos; crecía y se educaba como un gentilhomme de provincia, dado á la vida campestre, en la cual sólo aceptaba una distracción, la cerrajería y el ardor constante de la fragua. Cierta defecto natural á su organismo le preservaba de los placeres que corrompían y, enervaban las mocedades de parientes, amigos, allegados; y con la virginidad de su cuerpo sostenía también la virginidad de su alma. Ausente la idea de su cerebro, cerrado á todas las grandes inspiraciones de la razón y de la conciencia; sin fantasía en sus facultades intelectuales, sin esa fantasía que tiene como despierta de continuo el alma; sin la sensibilidad, que infiere los grandes tormentos, pero que mueve también á las grandes acciones; sin esos nervios vibrantes por cuyo conducto los temperamentos artistas y heroicos reciben los chispazos de la electricidad esparcida en la atmósfera material y las corrientes misteriosas esparcidas en la atmósfera moral, era aquel hombre un compuesto vulgarísimo de linfa y de sangre, con mucho estómago y con poca alma; bebedor sin degenerar en borracho, comedor sin degenerar en glotón, bondadoso y cándido, buen jefe de familia; más propio para guiar el arado que el reino, para coger la lima que el cetro, para administrar una hacienda que para administrar una nación, á causa de sus virtudes domésticas, poco brillantes, pero muy sólidas, y á las cuales no se unía ninguna de esas grandes virtudes públicas capaces de atravesar las más tremendas crisis sociales en sus mayores dificultades y salvar los Estados en sus mayores zozobras y desquiciamientos. De rostro ordinario, de frente mezquina, de ojos apagados, de maneras desgraciadísimas, de aire casi plebeyo, de palabra tarda, de apostura burda, de cortos alcances, de gran debilidad, de alguna falsía; económico hasta ser mezquino, privado de la inteligencia que salvó á Enrique IV, de la educación que sostuvo á Luis XIII, de la majestad y de la grandeza que divinizó á Luis XIV, de la gracia y del ingenio que contrastaban los vicios de Luis XV, descubriase en él tan sólo de su familia en lo fisiológico aquel apetito voraz que los distinguió á todos y en lo moral aquella tristeza profunda de que fueron víctimas nuestros reyes Felipe V y Fernando VI, y que tan fácilmente suelen contraerse, como ciertas enfermedades en las alturas del planeta, allá por las alturas del trono. A un joven así, triste engendro de la decadencia monárquica, dejaba Luis XV, aquel sátiro con corona, el legado de su nombre, con la necesidad de presentarse ante la conciencia universal herida, ante la historia indignada, ante la sociedad en delirio, y responder de sus vicios y de sus desórdenes. Cuando se ve aparecer en la escena trágica de la política tan pobre joven con tan pesada carga, se siente, por impulsos compasivos y humanos, necesidad de maldecir al viejo egoísta que le transmitiera el peso abrumador de fatalidad tan tremenda. Nunca se probó más claramente que la bondad nativa, la virtud doméstica, la benevolencia inagotable, todo aquello que en el trato privado ayuda grandemente á las relaciones de la vida ordinaria, no sirve para la vida pública, cuya áspera naturaleza exige condiciones más duras y virtudes más eficaces, sobre

todo la doble virtud de la resolución y del valor. Nunca rey mejor intencionado por su naturaleza ni más infeliz por su bondad misma conoció la historia. Nunca hombre más deseoso del bien ni más en pugna, por su educación y por su alcurnia, con el mismo bien que deseaba. Las voces dadas por su conciencia quedaban perdidas y ahogadas en el tornavoz de su trono. Los impulsos de sus sentimientos se estrellaban contra las exigencias de su posición. Cuanto le mandaba lo que tenía de hombre y de ciudadano lo ahogaba lo que tenía de rey. Su educación de príncipe predestinado al privilegio pugnaba con todos sus instintos, y por una fuerza ciega de la fatalidad quedaban sus más generosos impulsos sujetos á las necesidades de la institución que creía haber recibido del cielo para conservarla en toda su integridad. Nunca hubo ni mejor hombre en su casa, ni peor hombre en el trono.

¡María Antonieta! ¡Cuán difícil juzgarla! Es una reina que pasa del palacio á la Conserjería, del trono á la guillotina; una esposa que recibe en su anillo de boda el reino más hermoso á la sazón del mundo, y luego recibe de manos del verdugo las raídas tocas de su desolada viudez; una princesa á quien ha educado en la abundancia la mujer más elevada y más fuerte de su tiempo para la majestad y á quien han maltratado y escupido las muchedumbres airadas, hundiéndola en húmedos y oscuros calabozos; una madre que adoraba á sus hijos y que los vió arrancados á su regazo y convertidos en instrumentos de su proceso y de su deshonra; una joven hermosísima que creció en el armiño y en la púrpura para tener hambre y frío, coserse y remendarse la ropa, recoger los insultos más groseros, devorar las injurias más soeces hasta ir en una carreta al cadalso y mezclar sus huesos olvidados en la tierra común, en la fosa de la miseria y de la pobreza, sin una oración y sin una lágrima; horrible tragedia, la cual exigiría para ser referida en toda su desgarradora tristeza los sollozos de Job y las lamentaciones de Jeremías, esos poetas plañideros de las majestades arruinadas y de las grandezas caídas. Yo no he ido vez alguna á la Conserjería á visitar sus góticas prisiones que no haya visto á María Antonieta en su cuna de oro puro y en su cadalso de ensangrentadas tablas; con su cuello de garza tocado ayer por los diamantes y hoy por la cuchilla; con su traje de terciopelo carmesí bordado de oro y su sayal de tosca lana remendada de andrajos; en su Trianón circuida de cortesanos que la adoran y en su cárcel rodeada de soldados que la insultan; yendo al trono entre nubes de incienso y á la muerte entre estallidos de blasfemias; adorada y querida como una diosa, muerta y enterrada ¡ay! como una bestia. Los antiguos, que tan admirablemente comprendieron el terror trágico, hacían bien sosteniendo que el despeñarse de eminentes alturas á profundos abismos, produce en cuantos contemplan tanta desgracia un escalofrío indecible de compasión y de pena. Los que hemos nacido en la pobreza y en la pobreza nos hemos criado, no experimentamos en estos cambios bruscos de la suerte estremecimientos tan rudos y golpes tan fuertes como aquellos que han nacido y se han criado en las cimas del poder y de la fortuna. Así, yo sostengo que en todas las almas compasivas produce, por superstición si queréis, pero también por necesidad ineludible, mayor compasión

que tantas otras desgracias las desgracias de María Antonieta. Así es tan difícil acercarse á esa ilustre personalidad histórica, verla en su hermosura, oirla en su amargo sollozar, y juzgarla sin pasión y sin enternecimiento. Mas la historia tiene sus exigencias y la primera es no excusar ningún juicio, no desconocer ninguna responsabilidad, no desmentir ni un momento la severa justicia. Acerquémonos á juzgarla después de haber compartido sus penas y llorado sus infortunios. No solamente los poetas antiguos, sino también nuestros poetas dramáticos, anuncian con algún horóscopo las tristezas de aquellos personajes heridos con indeleble herida por la férrea mano de la fatalidad y destinados á perecer en una catástrofe. María Antonieta nació el año de la horrible calamidad, del terremoto que arruinó á Lisboa. En las fiestas de sus bodas sucedieron desgracias inenarrables: doscientas personas quedaron ahogadas y muertas. Cuando nació su primera hija, en el acto mismo del bautizo y en presencia de toda la corte, su cuñado el conde de Provenza, que servía de padrino á la regia niña, murmuró ante el clero, ante la nobleza, palabras contrarias á su legitimidad. Cuando nació el delfín, su último hijo, esperanza de la dinastía, regocijo de Francia, retardáronse tanto las fiestas de rúbrica por su natalicio, que la reina se quejaba diciendo cómo los señores magistrados de París no darían el baile de tradición hasta que no pudiese el príncipe bailar. Mil veces, en aquellas fiestas locas á que se daba con tanta imprevisión y hasta ligereza, ruidosas, pero no criminales, siniestros presentimientos cruzaron como negra nube por su delirante alegría y obscurecieron su natural inocente regocijo. La Harpe cuenta, y bajo su autoridad y responsabilidad lo repetimos nosotros, un hecho que podría ser exagerado, y falso si se quiere, pero que muestra cómo cruzaban por aquellas almas siniestros presentimientos. Teníase una tertulia en cierto aristocrático palacio donde acudían las damas de la primera nobleza de París. Estaba entre ellas aquel misterioso personaje, conde de San Germán, célebre por atribuírsele un conocimiento tan grande de los tiempos pasados como de los tiempos por venir, y el cual anunció á todas que morirían sin confesión. Y como algunas se echaran á reír, dijo: «El rey de Francia será el único gran personaje que subirá, acompañado de su confesor, las gradas del cadalso.» Habrá cuanto queráis de inventado *á posteriori* en esta profecía; pero no puede negarse la existencia de presentimientos que aterraban y conmovían á todo el mundo como si la electricidad se respirase en los aires.

Lo cierto es que María Antonieta había sido un instrumento político desde sus primeros años, y como instrumento político entregada á Francia. Su soberbia madre no la dejaba vivir en los días preparatorios de su boda, pintándole dos cosas: los terrores de la corte de Versalles y los altos destinos políticos que debía cumplir con su casamiento. Aun no tenía quince años la pobre niña y ya le llenaba la cabeza de estas terribles historias en aquel palacio de Viena donde andaban sueltas las brujas por las noches. Dos ideas se le quedaron grabadas en la mente á la que iba á ser reina de Francia: primera, las dificultades que en su nueva posición la aguardaban, y segunda, la obligación que tenía de servir á su madre y á su patria. La austriaca la llamó

el pueblo con ese instinto de adivinación que le distingue, y austriaca quedó durante toda su vida, á pesar de ser, por su padre, de origen y hasta de carácter francés. Hemos visto muchas princesas, quizás la mayor parte, que han olvidado bien pronto, elevadas á un trono, la patria de sus padres por la patria de sus maridos y de sus hijos. No hemos visto ninguna tan adherida á su propapia, á su gente, á su familia, á sus padres, á sus hermanos como la infeliz reina de Francia. Siempre se creyó en Versalles un agente del Austria.

Hermosísima, de gallarda estatura, de gracia comunicativa, los hombros anchos y el talle angosto, blanca y sonrosada como una figura del Pusino, breve el pie y brevísima la mano, azules los ojos y rubia la cabellera, de boca franca y de albos y brillantísimos dientes, la nariz grande, pero admirablemente dibujada, reunía en su persona indecibles gracias. Ligera, gárrula, sensible, inconstante, imprevisora, de poco apego á la etiqueta y á la ceremonia, de mucho culto por la dignidad real, á pesar de cierta tendencia á descender y á confundirse con los plebeyos que le había inspirado su siglo; amiga hasta el delirio de toda clase de diversiones; fiel á su marido y amante de sus hijos, diga lo que quiera la maledicencia de los partidos; en sus palabras poco cauta y en sus maneras poco recatada, tuvo la desdicha de provocar muchas enemistades y de llamar sobre su frente, ceñida por esas diademas de oro que tanto atraen el rayo, la explosión de muchas y muy reconcentradas pasiones.

Parece, á pesar de todo, que le gustaba reducirse y encerrarse en el hogar de los plebeyos, como si el sentimiento de la igualdad y el amor á la naturaleza que despertara el filósofo ginebrino en todos los corazones hubiera apresado su alma. Cuando sus predecesores construyeron el aparato y colosal Versalles, no pudiendo con tanta grandeza, se encerraron en el Trianón, que reduce ya las regias estancias á menor espacio. Pateciéndole el Trianón demasiado grande, se encerró María Antonieta en el Trianoncillo, una especie de casa de vecindad, semejante en todo á las casas de los plebeyos. Allí, en aquellos magníficos, pero tristísimos jardines, que rodean la casa, bajo los árboles plantados por los primeros botánicos del tiempo, á orillas de los estanques y de los lagos, se descubre la cabaña, el aprisco, la lechería, el molino de harina, los sitios donde instintivamente consagraba aquella mujer imprevisora la nueva edad del trabajo que reemplazaba á la guerra y que traía consigo una democracia, de todo en todo contraria á los reyes y á sus antiguos privilegios. ¡Cuántas veces, paseándome triste y melancólicamente por aquellos sitios, he creído verla á través de la enramada, con su traje de pastora, su sombrero de paja, su bastón nudoso en la mano, seguida de damas y galanes igualmente vestidos, fingiendo la vida tranquila del campo desde las alturas vertiginosas del trono! En ciertas épocas todos los caminos conducen á la perdición de las monarquías. Aquellas confianzas con sus gentes, aquellas fiestas pastoriles, aquel abandono de la regia etiqueta, sólo servían al cabo para fomentar la calumnia y acelerar la perdición. Bien es verdad que sus palabras contribuían más que ninguna otra cosa á su descrédito. ¡Cuántas veces tenían que reñirle su madre y sus hermanos! ¡Cuánto no la reconvinó el emperador José por haber

sabido que comparaba al rey con Vulcano y se quejaba de que Vulcano solía olvidarse mucho por las noches de Venus! Y, sin embargo, historiadores tan grandes, pero tan crueles como Michelet, que entra en la ciencia de lo pasado con las pasiones de lo presente, reconocen su castidad y la proclaman fidelísima esposa. El conde de Artois fué su amigo, Coigny su pedagogo, Fersen su caballero á la manera purísima que Don Quijote fué el caballero de Dulcinea, Lauzún capricho platónico de su afición al ruido, al chisme, á la moda, á la elegancia; ninguno fué su amante. Mas, ligera siempre, sus ligerezas la desacreditaban. Se empeñó en que había de consentirse la representación de la comedia de Beaumarchais, el «Fígaro.» A pesar de la resistencia del rey, la comedia llegó á la escena bajo las protectoras alas de la reina. Antes de que la hubieran presentado en público, ya la representaban en secreto los caballeros de la corte, los amigos de María Antonieta. Y ¡qué escándalo el día de su representación! La multitud se agolpaba en tanto número á las puertas del teatro, que muchas personas murieron asfixiadas como en el terrible día de las regias bodas. Y la condesa olvidada por su marido era la reina misma, y el conde olvidadizo era el mismo rey, y el hijo de Gauso el delfín. Su moral dramática se reducía á esto: «¡Vivamos! ¿Quién sabe si el mundo vivirá dentro de seis semanas?» Contra la aristocracia hervía esta palabra: «Para brillar se han tomado el trabajo de nacer.» Contra los ministros, y sobre todo contra el ministro de Hacienda, esta otra: «Se necesitaba un financiero y han nombrado un bailarín.» El público se aglomeraba desde el amanecer á las puertas del teatro para asistir á la representación que debía verificarse por la noche. Cada palabra asestada contra la reina, contra el rey, contra los príncipes, producía un verdadero escándalo de gritos entusiastas, de aplausos, de carcajadas, de injurias entrecortadas, de palabras ofensivas. Muchas de las frases eran repetidas dos ó tres veces á petición del público que las aplaudía y con regodeos malignos del actor que las recalaba. En el patio de aquellos teatros se hubiera podido recoger á manos llenas la aérea materia de pensamientos vagos que formaba ya el germen y el comienzo de la revolución. El rey, avergonzado de su debilidad, envió al autor á la prisión de San Lázaro. Semejante imprudencia no hizo más que aumentar la popularidad de aquel Aristófanes de la decadencia y la impopularidad de aquel rey extraviado, cuando más necesitaba de la resolución, en las zozobras de la incertidumbre.

Contemplad á María Antonieta un momento cuando era feliz en su santuario de Versalles. Jardines tan grandes como los términos mayores de las primeras ciudades la rodean, y los árboles, recortados y arreglados y contrahechos, como los palaciegos, parece que se inclinan á agasajarla y rendirla vasallaje con grandes reverencias; innumerables palacios se agrupan en torno de su inmenso palacio, el cual ha costado tres mil millones de reales; sesenta damas con tontillos que tienen ochenta pies de circunferencia, según refiere Aveline en su «Historia de Francia,» por estampas, caben en los marmóreos escalones de aquellas gigantescas escaleras; ejércitos de estatuas de mármol y de bronce se elevan aquí y allá como cortesanos inmóviles; comparsas in-

numerables de damas y caballeros, con sus terciopelos, sus bordados, sus encajes, sus brocados, pululan por todas partes; cuatrocientas sesenta y nueve personas se hallan adscriptas á su servicio y ochenta al servicio de su hija; más de nueve mil soldados le dan guardia; cien suizos, vestidos con los artísticos trajes del siglo xvi, marchan delante de su carroza; en un viaje á Marly ó Fontainebleau gasta quinientas mil libras; quince mil personas se mueven cuando ella se traslada de un punto á otro punto; una información de limpieza de sangre que llegue hasta el 1400 se necesita para acercarse á su presencia; los suelos que pisa están cubiertos de alfombras; las bóvedas bajo cuyas líneas pasa, llenas de amores con sus alas extendidas, que parecen próximos á volar en torno de la regia frente; los que antes iban á las guerras feudales, á las conquistas de Jerusalén, á los grandes conflictos con Inglaterra, van ahora á su despertar, á su vestir, á la comida, donde para cada vaso tiene tres pajes; al juego, á la caza, que se parece á una batalla; al teatro resplandeciente, al salón de baile en que han llovido los diamantes y las perlas, á todos los actos de la vida, exaltados como los actos de la vida de una diosa. Allí brillaba con su rico guardapié, su largo manto, su banda, sus funestos collares, su cabellera empolvada y cubierta de plumas, sus botas con tacones altísimos, sus abanicos de marfil incrustados en oro y pintados por los primeros artistas. Allí tenía á su lado la princesa real y el delfín que encantaban á cuantos los veían, disponiendo siempre partidas de caza, de campo, fiestas, teatros, bailes. ¡Qué distancia á la Conserjería, al tribunal revolucionario y al infame cadalso!

Los primeros en deshonrarla y en perderla fueron las personas de su familia, los hermanos del rey. Se habla mucho por todos los reaccionarios de las injurias inferidas á la reina en el tribunal terrorista. Ninguna tan terrible como las calumnias ideadas por el conde de Provenza. Sucesor al trono si su hermano Luis no tenía hijos, anhelaba con verdadero anhelo tan pingüe sucesión. Y no hay pasiones tan inquietas como las pasiones suscitadas por las herencias en los palacios. Aquel que está cerca del trono, que ve sus tentadoras eminencias casi al toque y alcance de las manos, que presencia diariamente las satisfacciones del poder, siente despertarse en su seno el orgullo, la ambición, la soberbia, la sed de mandar, y cometería toda suerte de crímenes para satisfacer esta pasión, y más contra aquellos que en su sentir y en su creencia le despojan criminalmente de un derecho. No hay sino ver en nuestra historia toda esa larga dinastía de infantes que desacatan á su padre, como D. Sancho el Bravo, ó que inmolan á su hermano, como D. Enrique de Trastámara. El conde de Provenza creía que Luis XVI no podía tener hijos, y por ende que los hijos de su cuñada eran todos adulterinos. Así, como el galante conde de Artois, su hermano, galantease mucho á la reina, díjole una vez ante la corte: «Procura en tus amores no dañar tus derechos.» Ya hemos contado lo que hizo en el bautizo de la princesa real. Cuando sobrevino el nacimiento del pobre delfín, su furor subió de punto, y una vez se dejó decir que jamás reconocería por rey de Francia al hijo de Coigny. Hasta los efectos más tiernos y más dignos de María Antonieta calumniaba, hasta su amistad á la

dulce princesa de Lamballe. ¡Ciegos! No adivinaba que así como toda su familia había sido solidaria en el derecho, iba á ser solidaria en el infortunio. No adivinaba que vertía á manos llenas desde las alturas del trono la revolución sobre los abismos del pueblo. No adivinaba que aquellas calumnias se filtraban desde las cimas de los palacios en los antros del club y en los corazones de las muchedumbres. Pensaba abrirse las puertas del poder y se abría las puertas del destierro. Pensaba levantar un trono para sí cuando levantaba un cadalso para los suyos. El pueblo veía, al recoger estas calumnias, que los encargados de dirigirle ni resultaban siquiera iguales á él; antes inferiores, muy inferiores. Por consecuencia, los designaba ya en su pensamiento para un tremendo castigo. ¡Cuántas veces, allá en la emigración, teniendo la frontera y los ejércitos aliados entre la Convención y su vida, el conde de Provenza, al ver á su bella hermana recluida en una prisión, calumniada en la persona de sus hijos, yendo á morir en una carreta, sacrificada en la guillotina, se habrá visto al resplandor siniestro de sus remordimientos en los celajes oscuros de lo porvenir, entre los verdugos y los sayones de aquella desgraciada mujer, de aquella martirizada reina!

Dos príncipes de la sangre contribuyeron también á esta obra de perdición: el conde de Artois el uno, y el otro el duque de Orleans. Cuando se ha vivido cerca de los últimos días de Carlos X y se ha visto el desarrollo de la revolución de Julio producida por sus terribles supersticiones religiosas, apenas puede comprenderse que este viejo beato sea aquel joven caballeresco, alegre, epicúreo, amigo de saraos y de fiestas, galanteador sempiterno, regocijo de palacio, ornamento de la dinastía, que tanto llegó á reír, á gozar, á divertirse, á jugar en los días brillantes de sus felices mocedades. Ligero, improvisador, dado en cuerpo y alma á las fiestas, había-se convertido en una especie de caballero sirviente de su regia cuñada, excitándola de continuo á los bailes, á las correrías, á las cacerías, á toda clase de divertimientos, con lo cual enconaba aún más las faltas de su carácter y la perdía en el público concepto. Verdaderamente, cuando el genio de la revolución bajaba en lenguas de fuego sobre la frente del pueblo sumido en las tinieblas, era caso bien extraño que un príncipe de la sangre, educado en esas alturas, cuyas cúspides reverberan la luz de las ideas y tocan con las cimas de la ciencia, no tuviese la previsión ni el presentimiento de las próximas tempestades. En cambio, el duque de Orleans vivía unido estrechamente á la revolución. Heredero de una familia que no pudo alcanzar nunca el mayorazgo de la corona, heredó todas las cóleras y todas las envidias de tantos pretendientes amargados por sus ambiciones y sus esperanzas frustradas. Hijo de una mujer cuya vida fué una orgía continua, comparable sólo á las orgías de la antigüedad, heredó el hervor de su sangre y su sed hidrópica de goces y placeres. Pasó una parte de su vida en la orgía de los sentidos, y otra parte de su vida en la orgía de las ideas, siempre por ese afán de renombre, de influencia, de ruido, que aqueja á cuantos nacen cerca de los poderes supremos y crecen al amparo de su sombra. Su casa, que fué primero asilo de todos los calaveras, se convirtió después en asilo de todos los conspiradores. Pero su móvil re-

sultaba siempre el mismo: anhelo de placeres, ora de los placeres del amor, ora de los placeres de la ambición. Su madre no sabía de cuál de sus amantes era hijo. «¿Cuando caéis en una zarza, preguntaba brutalmente la princesa, por ventura averiguáis qué espina os ha picado?» Así, no debemos extrañarnos que su hijo ningún escrúpulo filial sintiera cuando presentó una información demostrativa de pertenecer, no sólo en alma, sino en cuerpo también, á los plebeyos por haberlo tenido su madre de su cochero. Sus caballos metían más ruido que sus victorias. Conocía todos los medios de agitar y no conocía los medios de vencer. A unos imponía miedo, á otros amistad, á nadie respeto. Le faltaban las dos cualidades esenciales á los que han de combatir en política: el desinterés y el valor. Cuando tras una protesta en los Estamentos, y una torpeza en los mares, le desterraron, se arrastró en las antesalas de palacio para conseguir su libertad y su vuelta á los goces y al esplendor de la corte. Y así que volvió, quiso tener cortesanos, y tuvo á los clubs y á las sociedades secretas que siempre dan á los pequeños, con la sombra y el misterio, falso aspecto de grandeza. Pero su debilidad sólo era comparable á su ambición. Un día que en la Asamblea leía cierto discurso, como uno de los diputados, que se ahogaba de calor, gritase «abrid las ventanas,» cayó desvanecido y desmayado el príncipe, creyendo que aquel grito natural era un grito de amenaza y un comienzo de conjuración contra su vida. Cuando le desabrocharon para devolverle el sentido, como se suele hacer con las damas nerviosas, encontráronse con que llevaba dos forros de pieles de zorra pegados al cuerpo para que le preservaran de golpe ó puñalada. Un día cita á mucha gente á verle subir en globo aerostático entonces recién descubierto, y correr los peligros de la navegación aérea. Todo estaba preparado y convenido. El globo se henchía y se remontaba, la navicilla aguardaba á su regio huésped, cuando sobrecogido de un súbito terror, se arrepiente y se atrae los silbidos y los gritos de la muchedumbre. Su odio á la reina no tenía límites. Verdad es que la reina lo provocaba. Presentóse un día en la comida regia, y al pasar ante el sitio donde estaba el cubierto de la reina, lo preservaron de su contacto como si pasara un público envenenador. ¡Ah! No envenenó su cuerpo con ningún género de tósigo, pero envenenó su alma con todo género de calumnias. ¡Qué funesto don estas familias secundinas, estas ramas inferiores en las regias dinastías! ¡Qué conspiraciones tan permanentes! Los reyes quisieran que todos sus hijos fueran reyes. Por eso, cuando la idea de la patrimonialidad de los reinos predominaba sobre la idea del Estado, todavía no bien definido, los reyes, sintiendo más al morir la voz de su corazón que el interés de su reino, dividían la corona entre todos sus hijos. Pero, al constituirse las nacionalidades modernas, al concretarse la idea antes vaga del Estado y por consecuencia suceder á la antigua indeterminación leyes rigurosas sobre el principio de los principios en las naciones monárquicas, sobre el principio hereditario, la corona se convirtió en mayorazgo indivisible, y hubo necesidad de compensar en los hijos segundos la falta de poder con la sobra de riqueza. Por esta manera se formó junto al reino de Francia, patrimonio de los hijos mayores, el ducado de Orleans, patrimonio de los

hijos menores en la regia familia. Mas no hay riqueza en el mundo que pueda henchir los vacíos de un corazón educado como para reinar y caído desde tan vertiginosa altura en la vulgar condición reservada á los príncipes bien alimentados y bien ociosos. Así, la dinastía de los Orleans ha sido secular enemiga de la dinastía de los reyes. Cuando la autoridad monárquica dominaba todas las alturas y el respeto monárquico todos los corazones, las competencias de familia podían reducirse á un mero cambio en la persona del rey; á mayor ó menor influencia en la gestión de los negocios; pero desde el punto en que las ideas y las cóleras revolucionarias estallaron, y á su fuerza reunieron estas ambiciones de corte, las competencias dinásticas dañaban á algo más elevado que los reyes mismos, al principio substancial de la monarquía. Junto á la helada y áurea corona de los reyes se elevaba esta corona de fuego de los Orleans. Podía pesarle mucho á los unos la suya sobre la frente; les pesaba mucho más á los otros la suya sobre el corazón. Así, el duque de Orleans en las guerras de la Fronda debía conspirar contra Luis XIII; el duque de Orleans en el palacio de Versalles conspirar contra Luis XIV; el duque de Orleans en los tiempos de la revolución conspirar contra Luis XVI; el duque de Orleans en los tiempos de la restauración conspirar contra Carlos X, como si esta familia de los Orleans fuera una de aquellas familias trágicas de la Grecia antigua, á manera de los atridas, que llevaban sobre su frente la marca indeleble de la fatalidad y no podían substraerse á la obligación de transmitir por siglos de siglos y de generaciones en generaciones el peso incontrastable de un mismo destino, del cual eran reos y víctimas. Mas considérese esto como se quiera, resultaba dañósísima su consecuencia final y suprema á la misma monarquía. Los dos príncipes, el de Orleans y el de Artois, eran igualmente funestos, por sus ligerezas el uno y por sus depravaciones el otro; éste por su afán de divertirse y aquél por su afán de gozar; éste por su cariño á la reina y aquél por su odio; éste por su espíritu caballeresco y aquél por su espíritu mercantil; éste por sus conexiones con la aristocracia y aquél por sus conexiones con la plebe; éste por sus ideas religiosas y aquél por sus ideas filosóficas; éste por su apego á la reacción y aquél por su apego á la revolución; ambos por exagerados en dos sentidos opuestos y por ignorantes de su atormentada sociedad y de sus procelosísimos tiempos.

Que no vengan, pues, los que en la historia toman siempre el cómodo papel de abogado de los poderosos á echar sobre el pueblo la responsabilidad de los odios desatados contra los reyes y de las calumnias, más negras que los odios. Los primeros en perderlos, en desacreditarlos moralmente, en revelar secretos ó inventar fábulas sobre las relaciones de los dos regios esposos fueron los mismos que, deshonorando su sangre, se deshonoraban sus propios nombres. Lo único que realmente les pudo excusar es su desconocimiento completo de la agitación de aquel siglo y de las consecuencias que esta agitación tempestuosa iba á traer á la vida. La nueva idea debía romper el gastado organismo de la antigua. Y este organismo era la monarquía. Y esta monarquía estaba condenada providencialmente cuando se levantaban, como por un espíritu superior movidos, los mis-

mos que mayor interés tenían en salvarla. Subid hasta los orígenes de la monarquía y encontraréis que todo se conjura para fundarla; venid á su decadencia y encontraréis que todo se conjura para perderla, hasta los mismos príncipes.

VII

Cuando expiró Luis XV, el delfín y la delfina se arrodillaron y pidieron el auxilio divino, ya que les tocaba reinar tan jóvenes. En efecto, el rey tenía veinte años y la reina diez y nueve. La única fuerza de que entonces disponían la ignoraban, su juventud, que inspiraba al pueblo una verdadera esperanza. Jamás intenciones más sanas se vieron secundadas con medios menos eficaces. El rey quería á toda costa cambiar la política de su abuelo, y sobre todo, corregir las malas costumbres con su saludable ejemplo. Creía candorosamente que le era posible purificar con su propia pureza las impurezas del Estado. Creía que bastaba la buena voluntad para realizar el milagro de una súbita transformación. Su recto sentir se vió en el empeño que tuvo de conjurar la influencia austriaca; y su debilidad con los medios torcidos que empleaba para llegar á su fin. Cuando más necesidad había de un sistema determinado, reinaba un espíritu incierto; cuando más necesidad de un proceder seguro, la más nociva incertidumbre. Lo único que tenía fijo era el propósito firme de preservarse á la influencia austriaca y á los halagos de su mujer, movida siempre, impulsada siempre por su familia. En efecto, María Teresa no dejaba vivir á María Antonieta, para que de su posición se aprovechara y sirviera á la política austriaca. José II, hermano de la reina, extraño personaje, lleno de viejas tradiciones y de nuevas ideas, con propósitos de avivar el espíritu moderno y robustecer la antigua monarquía, mayor á causa de la altura de sus pensamientos que á causa de la altura de sus resoluciones, ideaba no sólo aquellas reformas interiores de la Iglesia, tan contrarias al poder y á los intereses de los papas, sino también predominio en Alemania, imperio sobre los eslavos, conquistas en Turquía, algo de esa grandeza de miras y de esa extensión de propósitos que heredara de sus mayores y que sólo exigían para una pronta realización tener segura á Francia, nación poderosísima é inquieta, la cual debía estar presa en el tálamo imperial de sus reyes. Así, la reina quería á toda costa que su marido nombrara ministro al ajustador de su boda, al antiguo amigo de su madre, al instrumento del Austria, al célebre Choiseul. Pero el rey, que se iba á meditar sobre los grandes problemas políticos en sus fraguas, junto á sus yunques, allá por las buhardillas de su palacio, en compañía de un pobre oficialillo que tiraba del fuelle y avivaba la lumbre, resolvió, después de hojear algunos papeles preservados en tal sitio á la avizora mirada de su mujer, dar de mano á Choiseul y nombrar un ministro antiaustriaco como Maurepas, que fuese verdaderamente un valladar opuesto á las maquinaciones del Austria. Cuando llamado de su destierro Choiseul por influjo de la reina, se presentó en palacio, el rey le dijo tan sólo que estaba muy calvo y muy gordo, y le volvió la espalda. Desde aquel día se perdió la influencia del Austria á pesar de los halagos de María Antonieta. Así